

recibió del Señor la corona debida á sus padecimientos. Su cuerpo fué despues llevado á Toledo.

En Nola de Campania, san Félix, obispo y mártir, quien, desde la edad de quince años, llegó á ser célebre por sus milagros, y puso término á sus combates por la fe padeciendo martirio con otros treinta, bajo el presidente Marciano.

En Edesa de Siria, los santos Gurio y Samonas, martirizados bajo el emperador Diocleciano y el presidente Antonino.

En el mismo lugar, san Abibo, diácono, á quien el presidente Lisania mandó desgarrar con uñas de acero, y luego arrojar al fuego, bajo el emperador Licinio.

En Africa, los santos mártires Segundo, Fidenciano y Varico.

En Bretaña, la fiesta de san Maló, obispo, en quien brilló el don de milagros desde su mas tierna infancia.

En Verona, san Lupero, obispo y confesor.

En Austria, san Leopoldo, marqués de aquella provincia, puesto en el número de los santos por el papa Inocencio VIII.

En Bretaña, san Carné, venerado como mártir en Dinan.

En el Limosin, san Juniano, recluso.

En el Mans, san Pavino, abad.

En la diócesis de Albi, san Gerio, obispo de Cahors.

En Malamort, san Cezadro, obispo de Limoges.

Cerca de Mortagne, en el Perche, santa Serona, virgen.

En Toul, san Arnou, obispo.

En el Monte Valeriano cerca de Paris, el venerable Juan el Conde, solitario, que nunca comia hasta despues de puesto el sol.

En Hipona de Africa, los santos mártires Fidencio,

obispo, Calendion, Galan, Parant y otros diez y seis, en cuyo número se hallaban santa Valeriana y santa Victoria, á quienes menciona san Agustin en el primero de los tres sermones que compuso sobre estos veinte mártires.

Entre los Griegos, san Demetrio de Dabuda, mártir, bajo Maximino Daza.

En Spira, san Segundino, mártir.

Cerca de Vaserburgo en Baviera, los santos mártires Marino y Aniano.

En Colonia, el venerable Alberto el Grande, obispo de Ratisbona, del orden de los frailes predicadores, célebre por sus escritos, doctor de Paris.

En Italia, la bienaventurada Luca de Narni, de la orden tercera de santo Domingo.

*La misa es en honor del santo, y la oracion  
la que sigue:*

Deus, qui presentem diem beati Eugenii martyris atque pontificis martyrio consecrasti: presta propitius, ut cujus annua celebritate letamur, ejus meritis donum tuæ gratiæ consequamur. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que consagraste este dia con el martirio del bienaventurado Eugenio tu mártir y pontífice, concédenos, Señor, que, por los méritos de aquel cuya festividad celebramos con alegría, consigamos el don precioso de tu gracia. Por nuestro Señor Jesucristo.

*La epístola es del capítulo 1 del apóstol Santiago.*

Charissimi: Beatus vir, qui suffert tentationem: quoniam cum probatus fuerit, accipiet coronam vitæ, quam repromisit Deus diligentibus se. Nemo, cum tentatur, dicat, quoniam à Deo tentatur. Deus enim

Carisimos: Bienaventurado el varon que sufre la tentacion: porque, cuando fuere examinado, recibirá la corona de vida que prometió Dios á aquellos que le aman. Ninguno cuando es tentado, diga que es tentado por



intentator malorum est: ipse autem neminem tentat. Unus quisque verò tentatur à concupiscentia sua abstractus et illectus. Deinde concupiscentia cum conceperit, parit peccatum: peccatum verò cum consummatum fuerit, generat mortem. Nolite itaque errare, fratres mei dilectissimi. Omne datum optimum et omne donum perfectum, desursum est; descendens à Patre lumine, apud quem non est transmutatio, nec vicissitudinis obumbratio. Voluntariè enim genuit nos verbo veritatis, ut simus initium aliquod creaturæ ejus.

## REFLEXIONES.

La soberbia nace tan arraigada con el hombre, que aun despues que el sagrado bautismo nos purifica de la mancha contraida por el pecado original, nos quedan unos resabios tan fuertes, que nuestras inclinaciones van siempre á lo peor con una fuerza casi irresistible. No solo apetecemos ser ensalzados respecto de los demás hombres, atribuyéndonos un mérito imaginario que no tenemos; sino que, además de esto, no pudiendo nuestra soberbia desentenderse de los muchos y verdaderos defectos que nos abaten, no quiere reconocer el origen de ellos en nosotros mismos, y así busca modo de atribuirlos á causas imaginarias que tal vez no existen. Esto es tan antiguo, que en el primer capitulo de la epístola de Santiago consume

Dios; porque Dios no es tentador de cosas malas; pues él á nadie tienta. Sino que cada uno es tentado por su propia concupiscentia, que le saca de sí y le aficiona. Despues la concupiscentia, habiendo concebido, pare el pecado; y el pecado despues, siendo consumado, engendra la muerte. No querais, pues, errar, hermanos míos muy amados. Toda buena dádiva y todo don perfecto viene de arriba, descendiendo de aquel Padre de las luces, en el cual no hay mudanza ni sombra de vicisitud. Porque él de su voluntad nos engendró por la palabra de verdad, para que seamos algun principio de su criatura.

este apóstol una gran parte de ella para persuadir á los fieles de su tiempo que no buscasen fuera del fondo de su corazon la raiz de sus desórdenes. Veia el santo apóstol los lamentables adelantamientos que habian hecho desde la corrupcion de nuestros primeros padres; y conociendo que la soberbia habia echado unas profundas raices, y sus ramos habian crecido á una altura maravillosa, procuró atajar cuanto antes los progresos, y aplicar el remedio conveniente, proveyéndolos de una santa y saludable doctrina. En las reconvenções que hizo Dios á nuestros primeros padres, se excusaron estos con tanta soberbia, como la con que habian pecado. Lejos de reconocer en sí el principio de su delito, Adan se le atribuyó á la mujer, y esta pretextó que la serpiente la habia engañado. Pero no tuvieron el sacrilego atrevimiento de hacer á la Divinidad cómplice de sus culpas; y hé aquí el extremo de corrupcion á que habian llegado los hombres en tiempo de Santiago. Cometian excesos, traspasaban las leyes, dejábanse arrastrar de sus pasiones, y en sus miserables costumbres se advertia una sentina de delitos. El santo apóstol enardecido con el zelo de Dios, y encendido de la caridad hácia sus prójimos, los amonestaba, los reprendia, y los amenazaba con los castigos eternos. Pero cuando debieran humillarse, reconociendo que de su naturaleza flaca y miserable no podia esperarse otra casa, tuvieron la temeraria y sacrilega osadía de imputar sus delitos al mismo Dios, diciendo que él era quien los tentaba para cometerlos.

Contra este error tan pernicioso, contra este abismo de la soberbia del hombre, procede la epístola de este dia, en que Santiago enseña que no es Dios el que tienta á los hombres para que se precipiten en tantos excesos, sino que cada uno es tentado por su misma concupiscentia, teniendo dentro de su corazon aque-



lla funesta raiz que vicia todas las acciones del hombre, si este no vive alerta para hacer con la gracia de Jesucristo una saludable medicina que sane nuestra naturaleza de las penetrantes heridas que recibió con el primer pecado. Añade el apóstol los progresos de nuestra concupiscencia, y el orden con que lleva á su complemento las malas sugestiones ó inclinaciones que produce. De ella nace aquel engaño con que se nos presenta bajo de un aspecto de bondad lo que realmente es contrario á la ley, y no puede ser en si sino positivamente malo. Ella es la que turba nuestro corazon, y llena de tinieblas los ojos de nuestro entendimiento para que no veamos que el obedecer á Dios y ejecutar su ley santa es la mayor de todas la felicidades. Y ella, finalmente, es la que arrastra nuestra alma, y la hace pegarse á los bienes carnales y sensuales, persuadiéndola al mismo tiempo que en ellos ha de encontrar satisfaccion, hartura y aquella felicidad porque anhela el hombre naturalmente. Estos conocimientos engañosos, estas falsas persuasiones, estas ideas trocadas, son la semilla, son el concepto, son el feto de la concupiscencia, la cual, preñada de cosas tan abominables, no puede parir otra cosa que el pecado, ni este dejar de producir la muerte. Conoce, pues, ó hombre, toda la serie y generacion verdadera de tus propios delitos; conoce que Dios es fuente de bondad, de gracia y de misericordia; que de su seno pueden venirte una infinidad y una eternidad de bienes; pero que ni por asomo pueden allí tener origen tus males. Conoce que estos nacen de tí mismo; y si tu soberbiase atreve á sugerirte otra cosa, pide á Dios su gracia, y medita su santa ley, y está seguro de que encontrarás con la verdad, y por su medio con la ventura.

*El evangelio es del cap. 12 de san Juan.*

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis : Amen, amen dico vobis, nisi granum frumenti cadens in terram mortuum fuerit, ipsum solum manet. Si autem mortuum fuerit, multum fructum affert. Qui amat animam suam, perdet eam : et qui odit animam suam in hoc mundo, in vitam eternam custodit eam. Si quis mihi ministrat, me sequatur : et ubi sum ego, illic et minister meus erit. Si quis mihi ministraverit, honorificabit eum Pater meus.

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discípulos : De verdad, de verdad os digo que si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, queda infecundo; pero si muere, fructifica con abundancia. Quien ama su vida, la perderá; y el que aborrece su vida en este mundo, la custodia para la vida eterna. Si alguno me sirve, sígame; y en donde esté yo, allí ha de estar mi siervo. Y aquel que me sirva á mí, será honrado por mi Padre.

#### MEDITACION.

SOBRE EL MODO DE VENCER LAS TENTACIONES.

#### PUNTO PRIMERO.

Considera que, como dice san Agustin (*Dialog. ad Oros.*), la tentacion es en cierta manera necesaria al cristiano, por cuanto no es grande alabanza ni gran gloria el no pecar cuando no se ha padecido tentacion alguna; pero que estas mismas tentaciones, que Dios permite para nuestra mayor corona, es preciso vencerlas, y para vencerlas, huirlas.

Si se considera la vida del hombre en sociedad, se hallará que está rodeado de tentaciones por todas partes. Tres enemigos principalmente son quienes se



las ocasionan, y consideradas individualmente sus diligencias y artificios, se halla la prueba de la primera verdad. El mundo te presenta sus riquezas, sus dignidades, sus pompas. Te estimula á que practiques las mayores bajezas y engaños, las mas inicuas diligencias é injusticias para usurpar los bienes á tu prójimo. No hay fraude tan abominable, ni mala fe tan aborrecible, que no te la proponga como un medio de ensalzarte sobre los demás hombres, arrebatándoles á un mismo tiempo sus haciendas y sus admiraciones. Además de esto, el mundo te provoca continuamente á intentar subir un escalon siquiera sobre el sitio en que te hallas. Para este fin abulta en tu imaginacion el precio de las dignidades, sus utilidades y conveniencias, y te hace creer que con la consecucion de un puesto comenzará tu felicidad, y tendrán fin la impaciencia de tus deseos y el desasosiego de tus apetitos. Persuadido falsamente de las proposiciones lisonjeras de tu mismo enemigo, te humillas, te abates, te degradas, en una palabra, te haces pretendiente: en este infeliz estado no hay mal que no adoptes con tal que conduzca á tu fin, y logrado este, no hay mal que no experimentes en tí mismo. El demonio te tienta igualmente con tanta variedad de sugestiones y objetos, que, si no tuviese el contraresto del ángel custodio, que en cierta manera deshace sus obras, seria tu imaginacion y tu alma el juguete de sus artificios y sus engaños. Sin embargo, él te hace mudar el nombre á las cosas, y aprender bienes en donde vealmente no hay otra cosa que males. La carne finalmente, enemigo temible que llevas siempre contigo mismo sin que jamás desista de tentarte, se vale de tantos objetos, cuantos han instituido el lujo y la vanidad para avivar tus pasiones y hacerte miserable despojo de sus seducciones y encanto. En medio de tanto peligro, ¿quién eres tú, ni cuáles son tus fuer-

zas para poder resistir? Una simple vista es una tentacion que precipita á un rey tan santo como David en un vergonzoso adulterio y en un homicidio infame. La palabra de una mujercilla hace estremecerse á aquella piedra que habia de ser el fundamento de la Iglesia: hace que el primero de los apóstoles san Pedro niegue á su maestro Jesucristo. ¿Podrás tú acaso prometerte mejor fortuna? Toda razon apoyada con la prudencia resolverá que no. Pues ¿qué remedio para vencer las tentaciones de tan terribles enemigos? huir: en la fuga consiste tu victoria. Lo que en la milicia temporal te ocasionaria un deshonor eterno, te llenará de gloria inmortal en la milicia de Jesucristo.

#### PUNTO SEGUNDO.

Considera que, aunque el remedio mas oportuno y mas seguro para vencer las tentaciones es la fuga de ellas, no á todos es dado poder usar de este medio, porque no todos pueden vivir en una soledad, ó formarse un retiro dentro de sí mismos abstrayéndose de los negocios del mundo. Pero en este caso es tal la misericordia de nuestro Dios, que ni permite que seamos tentados sobre nuestras fuerzas, ni deja de ranquearnos generosamente sus gracias para que podamos conseguir una completa victoria.

Es cierto que, si fuera posible el que todos los hombres pudiesen vivir separados unos de otros, tendrian menos ocasiones de perder su inocencia, y sus costumbres estarian mas á salvo de ser contaminadas con los malos ejemplos. Pero esto es absolutamente imposible, y en el mismo hecho de haber criado Dios al hombre animal sociable, le enseñó que unas tentaciones se podrian vencer con la fuga; pero que para otras era absolutamente necesaria la pelea. La misma vida del Salvador ofrece repetidos ejemplos que con-



firman esta doctrina. A poco tiempo de haber nacido se le ve emprender un destierro, huyendo de Herodes y de sus astucias, sin reparar en la delicadeza de su edad, en la ternura de su Madre, en la pobreza del santo José, en los caminos ásperos que iban á emprender, y finalmente, en ir á vivir á tierras de idólatras, porque su infinita sabiduría dictaba que en la fuga consistia el vencimiento. Lo mismo practicó cuando quiso el pueblo hacerle rey. Pero supo tambien presentar la cara al enemigo, esperarle y vencerle cuando, puesto en el desierto para dar principio á la grande obra de nuestra redencion, permitió que el enemigo comun le tentase con todo el poder y artificio de su malicia diabólica; lo uno para consuelo de sus escogidos y discípulos verdaderos, y lo otro, para enseñarnos el camino de ponernos en salvo y vencer las tentaciones. En cualquiera estado que se halle el hombre, siempre encontrará en la conducta de Jesucristo instrucciones convenientes que puedan acomodar á sus propias necesidades. ¿Te ves acosado de las tentaciones de la carne, de pensamientos feos, de la rebeldía de tu cuerpo contra el espíritu, y de falta de subordinacion en tu mente á los dictámenes de la razon divina? Jesucristo te enseñará á ayunar, á hacer penitencia, á emplearte únicamente en la oracion, y á pedir socorros al cielo. ¿Te persiguen pensamientos de vanidad y de soberbia, gloriándote unas veces de ser mas que tus semejantes, y deseando otras que el puesto, la dignidad ó la riqueza te constituya con superioridad y dominacion sobre ellos? Jesucristo te enseñará á humillarte dentro de tu nada y de tu miseria, á conocer que la carne es flaca y débil, y á despreciar las honras y riquezas del mundo por no tributar adoraciones ni doblar la rodilla delante de Satanás. A este tenor, si discurre por todos los pasos de su santísima vida, encontrarás tantas y tan salu-

dables instrucciones, que bastarán y aun sobrarán para vencer todas las tentaciones de la tuya, y traerla arreglada segun las máximas del Evangelio. Pero para esto es necesario tener mucho ánimo, armarse con las armas de la justicia, el peto y la lóriga de Dios, como dice san Pablo á los de Éfeso (*cap. 6*), para poder mantenerse fuerte contra las asechanzas del demonio. De esta manera en medio del mundo, en los grandes concursos, en los empleos delicados en que te ha constituido la Providencia, te hallarán las tentaciones de tus enemigos como en un castillo fuerte é inexpugnable, y sus saetas se volverán contra ellos mismos, porque sacarás mayor mérito de las tentaciones. San Eugenio no hubiera conseguido la laureola del martirio si no hubiera sido tentado, y en la tentacion no hubiera vencido.

#### JACULATORIAS.

*Fili, accedens ad servitutum Dei præpara animam tuam ad tentationem.* Eccl. 2.

Sé, Dios mio, que vos teneis dicho que el que se determina á servir, siguiendo los caminos de vuestra ley sacrosanta, debe preparar su alma para la tentacion.

*Convertantur retrorsum, et reveantur qui volunt mihi mala.* Salm. 39.

Haced, Señor, que, al ver la fortaleza que inspira en mi corazon vuestra divina gracia, se vuelvan atrás, y se confundan los que me desean todos los males.

#### PROPOSITOS.

En suposicion de vivir en este mundo y seguir la carrera que han seguido los santos, se hace preciso



tener la misma suerte que ellos tuvieron, esto es, padecer continuamente tentaciones y aflicciones de espíritu. Todos aquellos que han sido verdaderamente amados de Dios han sufrido esta terrible lucha. Job pierde sus hijos, su hacienda, su honra y la salud de su cuerpo: a Tobias se le dice que, porque era agradable al Señor, se había hecho necesario que padeciese la ceguera, el destierro, el cautiverio, y en una palabra, que le probase la tentación. A este tenor todos los justos han padecido mas ó menos, segun la sabiduría de Dios lo ha ordenado; pero todos ellos para conocido provecho de su alma. San Pablo pidió al Señor que le libertase del estímulo de la carne, que llama ángel de Satanás, afligido el Apóstol con la tribulación que le causaba en su espíritu. Pero Dios, para consuelo suyo é instruccion de todos cuantos se ven atribulados con tentaciones, respondió al santo Apóstol, despues de haber oido tres veces sus súplicas: *Que se tranquilizase, y supiese que su gracia estaba pronta, y ella bastaba para vencer las tentaciones: que por lo demás, debia tener entendido que la virtud se perfecciona con la enfermedad, con la prueba y con la tentacion (2 ad Corint. cap. 12).* Estos ejemplos de unos santos tan amados de Dios deben convencerte de que las tentaciones son necesarias, y de que, como dice san Agustín (lib. 11 del Génes. cap. 6): *Dios permite que seamos tentados, porque de ese modo se prueba la virtud y se ejercita; y es mas gloriosa la palma que se consigue en no consentir en la tentacion, que en no haber podido ser tentados. Pero al mismo tiempo debes saber que Dios está siempre á tu lado, y que Jesucristo te adquirió con su pasion sacrosanta tal multitud de gracias, que toda la astucia de tus enemigos no bastará á dañarte en un solo cabello de la cabeza, con tal que tú sepas usar de ellas, y aprovecharte de su eficacia en tiempo oportuno.* Por eso, escribiendo san Pablo á los

Hebreos (cap. 2) les dice: *Que por cuanto Jesucristo padeció por nosotros, y permitió ser tentado, por tanto adquirió un poder para dar auxilio y gracia á todos los que son tentados, de manera que sean en sus necesidades socorridos.* Confiado en esta gracia poderosa, en estos méritos infinitos, se atrevió Santiago á decir (cap. 11): *Hermanos míos, vuestra alegría y vuestro gozo mayor, le habeis de reputar cuando fuéreis tentados con diferentes tentaciones.* Porque, como dice san Pedro (Epist. 1, cap. 2): *Sabe el Señor sacar á paz y á salvo de la tentacion á los que son verdaderamente piadosos y siervos suyos.* Esta doctrina te enseña que no desconties jamás de la victoria por terribles que sean las tentaciones en que te veas; pero al mismo tiempo no has de echar en olvido los medios de que se valió Jesucristo para vencerlas, ni de estar continuamente en vela, como dice san Pedro, para descubrirlas.

---

## DIA DIEZ Y SEIS.

SAN EDMUNDO, ARZOBISPO DE CANTORBERY.

Nació san Edmundo en el lugar de Abington en Inglaterra, de padres muy virtuosos. Su padre Reynaldo se retiró á un monasterio con consentimiento de su mujer, llamada Mabilia, y vivió santamente en él. Su madre Mabilia se quedó en el mundo; pero tan desprendida de todo lo que era mundo, que todo su corazon estaba puesto en Dios. Estos fueron los padres de san Edmundo, medianamente dotados de los bienes de la tierra, pero abundantemente abastecidos de las riquezas del cielo. Crió santamente la virtuosa Mabilia á sus dos hijos Edmundo y Roberto.